

El Comercio abre sus páginas al intercambio de ideas y reflexiones. En este marco plural, el Diario no necesariamente coincide con las opiniones de los articulistas que las firman, aunque siempre las respeta.

LA CONSTRUCCIÓN DE CIUDADANÍA Y UN RECUERDO DE VALENTÍN PANIAGUA

Perú, dulce y cruel

“El Perú padece una severa crisis derivada de una gravísima falta de gobernabilidad y credibilidad en todas o casi todas sus instituciones. A ella, se añade una angustiante coyuntura económica y social y un severo deterioro de las bases éticas de la República, por obra de la corrupción que el Perú entero condena y anhela castigar con toda la severidad que nuestras leyes permiten”. Estas palabras, pronunciadas hace 17 años por Valentín Paniagua, parecen expresar, con algunos matices, el actual estado de ánimo de millones de peruanos, quienes se sienten estafados, una vez más, con un megaescándalo de corrupción que ha mandado a la cárcel a un ex presidente de la República, mientras otro está con orden de captura. Pareciera que el bicentenario, que ahora provoca sentimientos encontrados, nos confronta con una verdad irrefutable: no aprendemos de nuestros errores.

En estas fiestas patrióticas estuve reflexionando en torno a la difícil trayectoria de nuestra República, que ha vivido un sinnúmero de frustraciones y sobrevivido, además, todas las tragedias imaginables. Vinieron a mi memoria los ajusticiamientos de autoridades locales durante la guerra que el terrorismo nos declaró; la tragedia de las niñas peruanas prostituidas en Madre de Dios; la búsqueda infructuosa de padres, hijos y esposas para dar cristiana sepultura a sus muertos lanzados a fosas comunes y las últimas horas de esos jóvenes esclavizados pidiendo ayuda mientras un incendio les robaba sus vidas e ilusiones. Como también se las robaron a dirigentes asháninkas, encabezados por Edwin Chota, por solicitar la titulación de tierras comunales, 40 años después de la dación de la Ley de Comunidades de la Selva. Es decir, por evitar la depredación de su patria, defendiendo sus recursos naturales. Héroe anónimo entregando su vida ante la ausencia de un Estado que usualmente no dio la talla y dejó desprotegidos a sus ciudadanos.

Muchas veces me he preguntado cuántos peruanos repetirían hoy un acto tan lleno de audacia y patriotismo como el ejecutado por Fermín Diez Canseco, quien se lanzó al mar y desvió con su cuerpo un torpedo que amenazaba hundir al Huáscar. Cuántos se someterían a la tortura sin traicionar a sus camaradas y menos al Perú como lo hizo el pescador José Olaya, un chorrillano valiente que nos legó esa frase hermosa: “Si mil vidas tuviera, gustoso las daría por mi patria”. Tal vez muchos más de los que podemos imaginar. Porque ese Perú que Jorge Basadre definió como un país “dulce y cruel” es capaz de actos de generosidad y solidaridad que conmueven hasta las lágrimas.

Todos llevamos en la memoria el recuerdo de lo que fuimos capaces de hacer como nación durante la difícil prueba que nos planteó El Niño costero. Miles de peruanos armando paquetes de ayuda y llevando carpas y comida a compatriotas que lo perdieron todo. Sin embargo, ese lado dulce y bueno que nos devolvió la fe en nosotros mismos fue rápidamente



CARMEN McEvoy

Historiadora



desplazado por la crueldad que ha marcado la lucha por el poder en el Perú. Esa guerra civil permanente que siempre ha invisibilizado nuestro lado noble y solidario. Porque a mí me parece muy mezquino que algunos miembros de la oposición no reconozcan una sola propuesta del Ejecutivo, por más que se discrepe en el tono e incluso en la forma del discurso presidencial.

Valentín Paniagua, que inició la transición democrática que hoy parece abortada—debido a una rapacidad que no logramos controlar—entendió lo difícil de su misión. Leyendo los discursos que pronunció para dotar de sentido a un momento amargo, por no decir trágico de nuestra historia, encontraremos ciertas claves que pueden ser de utilidad en la hora actual. Lo primero es que, tal como ocurrió con la primera generación de republicanos, su ilusión en el destino democrático y en el bienestar del Perú estaba incólume. Lo segundo es que la forja de ese destino, moral y material, era responsabilidad de todos los peruanos. La tarea común para lo que Paniagua denominaba “tiempo nuevo” era ni más ni menos que la construcción de “un hogar cálido en el que todos los peruanos” pudiéramos “vivir con dignidad”.

Paniagua ha sido recordado en estos tiempos de carencia de ideales y ausencia de miras como “el meticuloso profesor de derecho constitucional” de cuyas cualidades docentes daban fe miles de estudiantes de las más diversas universidades y facultades del Perú. Para mí, nuestro presidente de la transición fue uno de aquellos republicanos que, como ocurrió con Faustino Sánchez Carrión o González Vigil, vivió su civismo de manera cotidiana.

Uno de los recuerdos más gratos que tengo de él, y que ha traído también las Fiestas Patrias, fue su asistencia a la presentación del “Diccionario republicano” de Juan Espinosa que yo editaba. Al llegar quisieron sentarlo, como bien lo merecía por su jerarquía, en primera fila. Él simplemente no quiso importunar a nadie y, por ello, se fue casi al final del auditorio, donde siguió la ceremonia como un ciudadano más.

Esa delicadeza en las maneras, esa integridad en las convicciones junto a ese amor por nuestra historia y cultura es el ejemplo, entre otros muchos, que nos legó. Lo que nos recuer-

da una herencia republicana que, sin negar el progreso y la nación económica, apunta a la existencia de una actitud ante la vida, un alma nacional que debemos cultivar en estos tiempos de prueba pero también de inmensa oportunidad. Y es un deber hacerlo, para ser mejores peruanos, dignos de la República que compatriotas valientes nos legaron, con amor y esfuerzo, hace casi 200 años. —

“Ese Perú que Jorge Basadre definió como un país ‘dulce y cruel’ es capaz de actos de generosidad y solidaridad que conmueven hasta las lágrimas”.



ILUSTRACIÓN: GIOVANNI TAZZA

EL MENSAJE PRESIDENCIAL Y LA LUCHA ANTICORRUPCIÓN

Liderazgo: ser, hacer y parecer

En las últimas décadas hemos visto la agudización de dos fenómenos. Por un lado, la infiltración de la economía ilegal en la política, y, por el otro, el incremento de la gran corrupción descentralizada en megaproyectos de infraestructura. Ambos fenómenos revelan cómo el (mal) interés político se mezcla con el (mal) interés privado para beneficiarse indebidamente en perjuicio del país.

Por eso, la declaración del presidente Pedro Pablo Kuczynski en su reciente mensaje —“la lucha anticorrupción requiere un trabajo en equipo”— es muy importante, pues la corrupción funciona a través de redes y complicidades, y para enfrentarla eficazmente se necesita crear una estructura fuertemente cohesionada. Quien debe liderar ese trabajo en equipo es el propio presidente de la República. Ese liderazgo, lamentablemente, no se percibió en su reciente mensaje presidencial, ni se percibe con nitidez en lo que va de su gestión. La ausencia de un liderazgo fuerte y visible es grave porque no



JORGE Medina Méndez

Presidente de Proética



ayuda a cambiar la autopercepción de ser un país en el que campea la corrupción e impunidad. Según la última encuesta de Ipsos para El Comercio, el 48% de los peruanos cree que el combate a la corrupción —fenómeno que figura nuevamente como el principal problema del país— está peor respecto a hace un año. Seis de cada diez peruanos desaprueban la gestión del presidente y el 34% apunta, entre las razones para ello, a su falta de autoridad o carácter. Si bien PPK ha dado algunas normas positivas para combatir la corrupción (la “muerte civil”, por ejemplo) y ha anunciado en su discurso la presentación de un proyecto de ley para reformar la conformación del Consejo Nacional de la Magistratura (aunque quizás hubiese sido mejor la propuesta de la Comisión Presidencial de Integridad de que al menos la mitad de los integrantes del CNM sea elegida por concurso público), entre otras medidas, su mensaje careció de declaraciones más enérgicas. Por ejemplo, pudo haber hecho referencia a la urgente necesidad de una verdadera reforma electoral que,

entre otras cosas, prevenga el financiamiento ilícito a la política, o a la reforma integral que requiere el Sistema Nacional de Control, incluyendo la completa reestructuración de la contraloría, para prevenir y combatir la gran corrupción.

El presidente tiene la oportunidad de liderar un gran movimiento nacional que integre a todas las fuerzas del país (sociales, políticas y económicas). Su visión, energía y entusiasmo son atributos necesarios para inspirar a que los peruanos unamos esfuerzos para transitar de la cultura de transgresión reinante en nuestro país a una cultura de transparencia e integridad. Cuando el presidente dice “el agua va a ser el legado de este gobierno”, “la salud es demasiado importante como para esperarla en una cola” o “la lucha de las mujeres es mi lucha”, inspira y persuade. La ciudadanía espera esa misma energía en temas anticorrupción. Su reciente discurso, en este tema, pareciera no izar una bandera común que aglutine a los peruanos dispuestos a trabajar para erradicar la corrupción y la impunidad.

Si el presidente ejerce un claro liderazgo en este tema, logrará el apoyo ciudadano que requiere para comprometer a actores relevantes

—como la academia, la empresa privada, los medios o la juventud— a trabajar en equipo y exigir las reformas que debe hacer el Congreso para frenar la corrupción. Sin estas reformas los costos de la corrupción seguirán frenando nuestro desarrollo y será muy difícil lograr, no solo el crecimiento económico del 4% proyectado por el jefe de Estado para el 2018, sino la revolución social de la que nos volvió a hablar en su mensaje del 28 de julio.

Dotar de agua a todos los peruanos, mejorar la educación y los servicios de salud, mejorar la seguridad ciudadana, reducir la pobreza de 20,5% a 15% y desaparecer “virtualmente” la pobreza extrema el 2021, no será posible si no se ataca la causa transversal que impide nuestro progreso: la corrupción. Y eso pasa por convocar y convencer a los peruanos en ir por el camino correcto de las urgentes reformas (política, judicial, policial, etc.) que nos conviertan en un país transparente y justo.

Con el liderazgo adecuado haremos más difícil el camino de aquellos que creen que la vida se les facilita cuando dan o reciben una coima o cuando lucran con el erario nacional.

Frente a la corrupción también tenemos que ser —y parecer— “una sola fuerza”. —